

ÉSTA ES MI HISTORIA

Ángela Ávila Moreno

Yo tenía siete años cuando empecé a sentir la soledad, el vacío y, sobre todo, el desprecio de toda mi familia y la familia de mi mamá. Yo ocupaba el cuarto lugar entre mis hermanos y todos vivíamos en casa de mi abuelita, separados por unos cuantos pasos. Mi mamá se la pasaba trabajando, mi hermana mayor nos cuidaba, nos daba de comer y todos nos íbamos a la escuela; mi hermana, a la secundaria y mis dos hermanos y yo, a la primaria. Había veces en las que mis hermanos se la “pinteaban” (no iban a la escuela) y nos quedábamos en un quiosco, pero llegó el día en que nos descubrió mi mamá. Cuando llegábamos a la casa, mis dos hermanos me inventaban las tareas, hasta que una vez la maestra le preguntó a mi mamá que por qué no había ido a la escuela. Mi mamá regresó a la casa y les platicó a mi abuela y a mis tíos. Yo lloraba mucho porque no tenía la culpa, y mis hermanos se reían de mí; mi única hermana me abrazaba y me decía: “No llores, mi reina”. Ella tenía catorce años y se fue con el novio; yo me quedé solita con mis dos hermanos.

Mi mamá se encontró un hombre y nos llevó a vivir con él. No era casa propia y no me gustó la vida que ese hombre nos daba porque nos golpeaba. Extrañaba mucho a mi hermana, pero bueno... Mi mamá logró dejarlo y continuó con el trabajo; otra vez volvimos a quedarnos solos.

Mi mamá nos llevó a vivir a un lote baldío donde sólo había un árbol, y ahí dormíamos, a la intemperie. Pasó el martirio y mi

madre, con sus esfuerzos, empezó a construir un cuartito de cartón. Yo me convertí en un ama de casa de ocho años, y mi infancia se me hacía cada vez más pesada porque mi mamá estaba embarazada, y en vez de jugar como niña, aprendí a cambiar pañales, a hacer biberones, ir a la escuela y estudiar. Llegaba de la escuela y, en vez de comer, tenía que preparar la comida a mis hermanos, porque si no lo hacía, me golpeaban; me ponían a hacer tortillas y, como no sabía, aprendí a jalones y estirones. Llegaba la noche, y yo estaba aún despierta cuidando de mi hermanito. Nunca me dejaron tener amiguitas porque, según mi mamá, eran una mala influencia. Un día andábamos jugando con una bicicleta vieja en la parte de atrás de la casa, donde había un hoyo en el que tiraban basura. Yo estaba parada en la orilla del agujero cuando me tumbaron mis dos hermanos. El hoyo era un poco hondo y tenía un montón de ramas; cuando caí, perdí el sentido, y cuando lograron sacarme, me encontraba toda ensangrentada, desfigurada de la cara. Mandaron llamar a mi mamá. Yo, bañada en llanto, sabía que me esperaba otra regañada y otra paliza. No sé cómo se enteró mi hermana, fue a verme, me abrazó y lloró conmigo.

Siempre era la misma rutina: lavar, planchar, hacer comida, tortillas, cambiar a mi hermanita y luego ir a la escuela. Esto último era lo que más me gustaba; tan sólo de pensarlo me daba gusto. Un día, cuando ya estábamos dormidos, nos llegó un olor a quemado. Era la cobija con la que estaba tapada mi hermanita de tan solo un año la que se estaba quemando. Se levantó uno de mis hermanos y me pegó, me dijo que era una buena para nada; llorando me quedé dormida. Al día siguiente tuve que soportar los maltratos de mis hermanos y el desprecio de mi madre.

Mis hermanos, en varias ocasiones, le robaban dinero a mi mamá y me echaban a mí la culpa. Una vez que me encontraba en la escuela, una compañera me había comprado unos churritos y una soda en bolsa. En eso llegaron mi mamá y mis dos hermanos. La niña, con tono de burla, les dijo a mis hermanos que me estaba

gastando el dinero. “¿Le pegamos?” preguntaron mis hermanos a mi madre. “¡No! —contestó ella—, yo le voy a pegar”, y me agarró del brazo y me llevó para la casa a pueros cintarazos diciéndome que yo me había robado su dinero.

Al pasar el tiempo, mi mamá se volvió a juntar con otro hombre. Pensé que ya se había acabado mi martirio, pero no fue así; para mi gran sorpresa, ahora no sólo lavaba la ropa de mis hermanos, sino también la de mi padrastro.

Yo asistía a una iglesia en la cual me gustaba cantar, orar, y pedir por mis hijos, los que todavía no tenía. Pasaron los días y cada vez mi vida era más pesada, pues si quería asistir a la escuela, tenía que levantarme a las cinco de la mañana para dejar todo limpio y hacer el desayuno, si no, no podía ir. Uno de esos tantos días, mi mamá se fue a la oración y yo me quedé con mi padrastro. Cuando me bañaba, él se metió a espiarme y me dio mucho miedo; yo tenía nueve años y cada vez crecía más el odio en mí. Le conté a mi mamá y no me creyó, me golpeó con una banda de *cooler*. Yo no quería vivir y me corté las venas de mi brazo. Me llevaron al médico y mi mamá dijo que lo había hecho para llamar la atención.

Llegó el día de mi cumpleaños y nadie se acordó; a los dos días llegó mi hermana con su esposo y me llevaron un pastel. Cuando llegó la Navidad, no estrené nada; mis hermanos, sí. Recuerdo el cumpleaños de mi madre. Me levanté temprano y corrí a abrazarla, pero ella me corrió de su lado; fue cuando por primera vez me pregunté: ¿seré de verdad su hija? ¿Por qué me trata tan mal? ¿Por qué nunca me ha dado amor? Pero nunca encontraba respuestas.

Seguía mi vida. Los días para mí eran iguales, pasaban semanas, meses, años. Después, cuando tenía diez años, sentí algo muy raro en mi persona, pues aún no comprendía lo que me estaba pasando. Me asusté tanto que no sabía qué hacer, tenía mucho miedo de que al decirle a mi madre me pegara. Me callé y no le comenté

nada. A las dos semanas me di cuenta de lo que tenía: me había convertido en una señorita. Siempre tuve precaución para que mi madre no se enterara. Mi cuerpo se estaba transformando de niña en mujer. Ahora era más pesado, porque todos me verían con más morbo; mi padrastro y los chamacos me hacían burla, pero no me servía de nada decirle a mi madre, porque en ella nunca tuve apoyo moral. Cada día iba creciendo con un dolor muy dentro de mi corazón porque no entendía la crueldad con la que, en cada momento, me trataban. En mí crecía poco a poco el resentimiento, la soledad, la tristeza y el sentimiento. Un día llegué de la iglesia y me paré frente a mi madre y le pregunté: “Mamá, ¿acaso yo no soy tu hija?” Todavía no terminaba mi pregunta, cuando se volteó y me propinó una cachetada: “Pues como dice que no soy su madre, iváyase!”; le pedí perdón y me fui a mi cuarto.

Por mi casa siempre pasaba un hombre que cada vez que me veía me hacía señas obscenas y a mí me daba mucha pena. En cierta ocasión, mientras regaba la banqueta, pasó en un carro muy despacio. Mi mamá y mi hermano salieron, le dijeron groserías y a mí, que era una ramera. Me volvió a cachetear y me sentí muy mal.

Cada día que pasaba me sentía más culpable de mí misma, pues en vez de sentirme orgullosa de mi cuerpo, me avergonzaba, porque era pura tentación para los hombres. Me castigaban a cada momento. Recuerdo que un día en que volvía de la escuela (fue el peor de mi vida), se me acercó un carro. El hombre me decía muchas morbosidades, me subió a la fuerza y me puso un trapo en la cara que hizo que fuera perdiendo el conocimiento. Me echaba cerveza en la boca, me amarró de pies y manos e hizo conmigo lo que quiso; me desgració la vida. Yo quería gritar, pero nadie estaba a mi alrededor. Cuando recobré el conocimiento, me encontraba tirada cerca de unos pastizales, con mi pierna cortada y toda llena de sangre. Ya era otro día sin consuelo. No sé cuánto tiempo caminé con mi ropa desgarrada. Me tiré al

suelo, y luego una patrulla me recogió y me llevó a la Jefatura de Policía; ahí le hablaron a mi mamá. Ella fue a recogerme y, en vez de brindarme su apoyo, me empezó a culpar de lo que me había pasado, pues decía que yo era una descarada, una prostituta y que había provocado a ese hombre; ahí me volví a dar cuenta de que no tenía ningún apoyo familiar. Con el tiempo dieron con el hombre que me había desgraciado la vida. Empezaron los careos y para mí fue volver a vivir esa pesadilla; él fue enviado al Cereso de Puerto Peñasco.

De esa violación resultó un embarazo no deseado. Para mí fue un impacto muy grande, pues traía un bebé en mi vientre. Mi mamá no pudo soportarlo y me internó en la granja para adolescentes que está en la ciudad de Hermosillo, en la colonia Palo Verde. Ahí me sentía más sola, deprimida y sin motivo alguno; mi primer día en ese lugar fue horroroso. Todas las jóvenes se burlaban de mí, me decían cosas feas. La directora me defendía. Me dieron un uniforme de falda roja y blusa blanca. Tenía que levantarme a las cinco de la mañana para limpiar el patio, mientras otras regaban o lavaban los baños. Ya para ese tiempo se me notaba el embarazo. Cuando llegó el día de visita, me sentí muy triste de ver que todas mis compañeras recibían a sus mamás, y yo me quedaba en un rincón esperando ver a mi madre entrar por esa puerta, y nunca llegó. Cada día me hacía más amiga de la soledad. Ya tenía dos semanas en ese lugar y me volvía a arrinconar, pues no tenía a nadie.

Poco a poco me fui adaptando, me sentía segura, querida, nadie podía hacerme daño. Me tomaron mucho cariño mis compañeras; la directora me daba muchos regalos. Tenía cuatro meses en ese lugar y siete de embarazo; sólo me faltaban dos para tener a mi bebé. Dios escuchó mis ruegos y, el día menos esperado, mi madre vino a verme. Yo apenas podía caminar. Vi su indiferencia; le di todos mis regalos. Al despedirme de ella, cuando terminó la visita, sentí nuevamente la tristeza.

Llegó el día en que no podía seguir en ese lugar, mi tiempo estaba cumplido. Lloré tanto como al principio, no quería irme de ese sitio porque sabía que era volver a sufrir como al principio. Ahí conocí el cariño, la comprensión, el amor, el afecto. No me quería ir. El mero día de mi cumpleaños, el 12 de noviembre, me dieron la libertad de salir de ese lugar acompañada de mi madre.

Andaba yo muy confundida, porque no veía feliz a mi madre. En fin, me llevó a la casa, y nuevamente volví a hacer el quehacer, barrer, lavar, y ya no podía con mi embarazo. El 30 de noviembre sentí un fuerte dolor en mi vientre: ya iba a dar a luz. Me llevaron con una partera y me puso a caminar todo el día. Así fue como tuve a una linda y hermosa niña, pero nació con una bola de agua en la cabeza. Cuando me dieron de alta, una hora después, mi madre me llevó a la niña y yo me fui tras ella. Al llegar a la casa, yo traía a la niña en mis brazos. Me quise sentar en una silla y mi hermano me la quitó, hizo que me cayera y me golpeará la columna.

Con el paso de los días, mi madre no dejaba que tomara en brazos a mi hija. Un día que la agarré, se me andaba ahogando. Mi hermano mayor me dijo que yo no servía para cuidar a mi hija, que se la entregara a mi mamá. Desde ahí, mi madre se hizo cargo de ella. Esa madrugada me fui de la casa porque ya no soportaba ese infierno. Me encontré un *Motorhome* abandonado, sin vidrios, sin puertas y ese fue mi refugio. Todos los días pasaba por mi casa con la esperanza de ver a mi hija, pero no tenía éxito. No tenía dinero ni para comer ni para vestirme, sólo me acompañaba una tristeza en mi alma y en mi corazón.

Un día, caminando por la carretera, se paró un tráiler y, con miedo, me subí para ir sin rumbo fijo. El señor del tráiler me invitó a comer, me compró ropa, pero a cambio quería mi cuerpo. Me bajé del tráiler asustada y me refugí en el *Motorhome*. A los pocos días encontré un trabajo en un puesto de dulces; para comer

batallaba mucho porque ganaba muy poquito. Después me encontré a una tía y se sorprendió mucho de verme sola trabajando. Con el tiempo, en una tienda, aparté un vestidito, una sonaja y pañales; cuando logré sacar el apartado, fui contenta a la casa de mi madre para llevar las cosas que con tanto sacrificio había comprado. Toqué la puerta y abrió mi mamá con la niña en brazos y me dijo que qué hacía ahí, que ya no tenía nada que hacer, pues yo ya no tenía hija; las cosas me las tiró a la calle. Me fui llorando de ese lugar.

En el camino me encontré a la mamá del hombre que me había violado y ella me llevó a su casa. Habló conmigo, me llevó a vivir con ella, me dio techo, comida y atención. Un día fuimos a Caborca. Yo no sabía a qué íbamos. Ella llevaba bolsas de mandado y unos papeles que, momentos antes, me había dicho que firmara. Yo no sabía de qué se trataba, pero me di cuenta de que llegábamos a la cárcel. En los papeles yo permitía que él saliera libre con la condición de que se hiciera cargo de mí, pero yo no sabía y puse mi nombre. Pasaron los meses y él salió de la cárcel. Me asusté tanto que me fui de la casa de esa señora, pero ella no me dejó a mi suerte. Me buscó hasta encontrarme y me dijo que nadie me iba a hacer daño, ni siquiera su propio hijo.

La primera vez, cuando salió de la cárcel y lo vi, la sangre se me fue a los talones. Poco a poco fue acercándose a mí y me dijo: “Perdóname, no te arrepentirás”, me dio un beso y se fue. Esa noche llegó y se acostó en mi cama, pues para todos yo era su mujer, y así pasó día con día.

En una ocasión, pasó por la casa con una mujer y riéndose. Se lo dije a su mamá y, cuando llegó a la casa, él me pegó una cachetada. Su mamá se dejó venir sobre él y le devolvió la cachetada: “¡No quiero que la vuelvas a tocar!”

Pasaron los días y cada vez iba madurando más. Como él era mi esposo y yo su mujer, me acosté con él y otra vez me embaracé del que me había violado. Qué ironía del destino, volví a quedar

embarazada del hombre que me había hecho tanto daño. Yo miraba que se echaba algo en la nariz que yo no conocía y me harté; mejor me fui de esa casa. Me fui a casa de mi tía, que me recibió.

Con el paso del tiempo, conocí a un muchacho que me cortejaba y luego me fui a parir otra niña, que nació el 10 de diciembre de 1993. Yo ya no era esa muchachita joven; mi corazón se encontraba endurecido, sin sentimientos. Yo pagaba para que me cuidaran a mi hija, pues trabajaba en San Luis Río Colorado; tenía quince años, pero sin ilusiones. Me convertí en teibolera. Ahí conocí a un músico llamado Gilberto Romo, me dedicó una canción y me invitó una cerveza. No la acepté, porque yo no tomaba en ese entonces. Cuando me dirigía a mi casa, me acompañó. Caminamos por un parque, nos detuvimos, cortó una flor y me la regaló. Así comenzó un romance. Día a día se ganaba más mi cariño y mi confianza, hasta que un día decidí irme con él a su casa. Tiempo después, salí embarazada de un niño que concebimos con amor y desenfreno. Tenía dos meses de nacido, cuando volví a trabajar en el *table*. Semanas después me hablaron por teléfono para decirme que se habían robado a mi hijo. Pegué un grito de dolor y me fui, dejé el trabajo y me fui casi desnuda de ese lugar, gritando y llorando. “¿Por qué, Dios mío?”, me preguntaba. Duré mucho tiempo en depresión y desgarrándome por dentro. Ya no volví a ir al lugar donde trabajaba, sólo quería encontrar a mi hijo. Pasaron meses y nuevamente Dios me dio otra niña, aunque no había remplazo por la pérdida de mi hijo. Le puse el nombre de Lucero, porque en medio de la oscuridad podía ver un lucerito que me alumbraba. Estábamos contentos porque mi hija tenía dos años, y la cuarta, un mes de nacida. Un día se puso grave, tenía tres meses y estaba muy mal, con calentura, tos, gripa. La llevaba con el médico hasta que la tuvo que internar. Desde ese momento, nunca más se recuperó. No soportó y murió. Me dejé caer al suelo y, jalándome el cabello, grité: “¡No, no, ¿por qué, Dios mío? ¿Qué hice para merecer esto?!” Pegué mi frente al suelo y lloré y lloré. Me levantó

mi esposo y me abrazó fuerte. Me fui caminando a mi casa, sola, como otras veces. A mi hija me la entregarían a las tres de la tarde.

Entonces conocí y consumí la droga, el cristal; ya nada me importaba. Para ese entonces, mi mamá ya me hablaba y se hizo cargo de mi otra hija por unos días; así fue cómo la droga se volvió mi compañera. Mi esposo no sabía que me drogaba, me calmaba el dolor, me ayudaba a olvidar. Fuimos por mi segunda hija a casa de mi mamá para llevárnosla.

Dios me dio otro embarazo, pero a los cuatro meses de nacida, luego de darle el biberón, comió y nos quedamos dormidas. Cuando desperté, sentí algo frío y duro en mi brazo: era mi hija que había muerto. Nunca más despertó; la muerte de cuna la sorprendió.

Volví a refugiarme en la droga, en el alcohol. ¡Dios!, me dolía tanto que ya no quería vivir. Continué adelante, pues en mi vientre se encontraba otro bebé. Tenía miedo, temía que me pasara lo mismo. Di a luz a otra niña y le puse por nombre Jazmín; era tanta mi alegría que no volví a probar la droga. Mi niña cumplió el año y se veía hermosa con su vestido verde. Nuevamente me embaracé y esa niña nació con una infección cerebral. Día y noche la cuidaba; tenía cuatro meses y no había avance alguno. Mis otras hijas se encontraban con mi madre. Se le practicó una operación a mi hija y no resistió.

Volví a drogarme. En una ocasión llegué a mi casa y encontré a mi esposo con otra mujer; la golpeé y ella salió corriendo y pidiendo ayuda porque yo la quería matar. Destruí mi casa, sólo agarré los cuadros de mi hija y me fui en el carro. La mujer me demandó por lesiones y fui a dar a la Comandancia. El comandante me dio la razón, pues estaba velando a mi hija muerta cuando pasó todo esto. Fui al funeral de mi hija; él no sabía que había muerto. Me pidió perdón y no lo perdoné, aunque era el amor de mi vida; era el hombre del que por primera vez me había enamorado. A mis hijas las dejaron con mi madre y no volví a verlas. Me dediqué a

la prostitución. Mi vida eran las cantinas y me drogaba más y más cada día. Vendía mi cuerpo al mejor postor. Había momentos en los que me quería suicidar, pocas veces iba a ver a mis hijas, pero había algo que me atormentaba. Así duré varios meses, hasta que un día me di cuenta de que estaba embarazada por octava vez, de las cuales sólo me vivían cuatro, contando al que me robaron.

En una ocasión, me fui a Caborca, Sonora; llevaba joyas de oro para vender en una joyería. Fue cuando me detuvieron y fui arrestada por tráfico de joyas robadas. Me llevaron a prisión por tres años ocho meses, pero me dijeron que con un año ocho meses de encierro, me podía ir libre. En ese lapso de encierro tuve a mi hija Andrea. Ya no quedaba nada de esa adolescente frágil y buena que era yo, me había vuelto una mujer grosera, déspota y malhablada que sólo sabía insultar a los demás. Me volví una mujer fría a la que sólo le gustaba jugar con los sentimientos de los demás. Me gustaba que me mandaran dinero para drogarme y consumir alcohol dentro de la cárcel. Les mandaba cartas a los hombres para bajarles dinero; nunca se dieron cuenta de que me drogaba. Un día de mi cumpleaños hice una pequeña fiesta con permiso del director del penal; hubo de todo, drogas, alcohol. Me puse tan borracha que a la hora de la lista no podía contestar. Me metieron a la regadera y la celadora se dio cuenta, pero yo decía que el director me había dado permiso de hacer una polliza; cuando se enteró el director, me mandó encerrar a la celda de castigo por tres meses sin derecho a nada, sólo me daban, pan, agua y frijoles. Mi niña tenía un mes de nacida, pero yo me había vuelto muy rebelde, ya nada me importaba. El cuarto de castigo estaba horrible, sólo tenía una rueda por taza de baño y un hoyo en el techo con una calavera. Pero a estas alturas ya nada me afectaba ni asustaba. Mi Andreíta tomaba Maizena de fresa con leche de soya. Cada día aprendía algo nuevo, por ejemplo, aprendí a hacer coronas para el Día de Muertos, a hacer manualidades. Mi hija creció en ese lugar, aprendió a gatear y a hacer señas. Todas teníamos novios

de palabras, y cuando cerraban la puerta nos tirábamos al piso y hacíamos señas; la niña miraba todo eso y ella también lo hacía. Una vez nos sacó a flote con la guardia y nos regañaban, era muy querida por todas las compañeras. Ahí aprendió a dar sus pasos y sus primeras palabras.

Pasó el tiempo y yo cada vez era más violenta, agresiva, y con todas las virtudes de la maldad; me hablaban de Dios, pero nunca quise doblar rodillas para orar; para mí no existía tal Dios. Llegó el día de mi libertad, me puse contenta por una sola razón: ya iba a ser libre para comprar mi droga. Mi hermana fue por nosotras al Cereso; a mi Andreíta le daba miedo ver la tierra, los carros, por todo lloraba. El camino por la carretera se la pasó llorando, todo la asustaba, pues para mi niña, la cárcel era su único hogar, nunca había visto nada de lo que estaba viendo; miraba casas con rejas y creía que era su casa; ¡le daba tanto gusto ver rejas! Llegamos a la casa y no se separaba de mí, no me dejaba hacer nada. Recogí a todas mis hijas y me las llevé a mi casa. Me hicieron una cena. También había cerveza, y como tenía mucho que no me sentía en casa, me puse bien borracha, aunque mi Andreíta no me dejaba en paz; me la llevé a comprar droga.

Mi mamá ya no me golpeaba ni me decía nada, aprendió a respetar mis decisiones. Sólo me decía que me acercara a Dios, pero no la escuchaba, le pedía que no me hablara de Dios.

Así fue pasando el tiempo y, cuando menos pensé, mi vida se fue convirtiendo en nada. El padre de Andreíta me buscaba y volví a estar con él; ese mismo día me fui con mis hijas al hotel. Me dio trescientos dólares, las dejé dormidas y me fui a comprar droga, pues quedaba a una cuadra la farmacia. Regresé y todavía estaban dormidas. Me metí al baño y, sin hacer ruido, me drogué. Desperté a mis hijas y me fui a despertar a un departamento. Yo iba bien drogada, pues en ese tiempo la droga era indispensable en mi vida. Comencé a trabajar de prostituta, vendía mi cuerpo, y luego vendía droga. Me fui superando económicamente, pero

llegó el momento en que fui aprehendida otra vez y fui a parar a la cárcel. Por una parte estaba bien, porque mi vida era un degenerere total. Mi mamá iba a verme cada quince días y me llevaba a mis hijas, pero nada me motivaba a cambiar, ni siquiera verlas llorar. Siempre hacía lo que yo quería, pues pobre del que no acatará mis órdenes. Esta vez caí en el Cereso de Puerto Peñasco, había mucha gente y trabajaban para mí; me hablaban con respeto y me sentía muy orgullosa; mi apodo era *la Chapis*. De pronto agarré una plaza y un mafioso me daba cajetillas de cigarros y, por debajo el agua, me mandaba pelotas de cristal. Me creía la gran reina, pues lo tenía todo: pasto, corral y droga. Según yo, ¿qué más podía pedirle a la vida? Él me pedía para visita de corto tiempo y ahí mismo hacía locuras pasionales. Así me la pasé durante un año ocho meses y volví a salir del Cereso. Volví a lo mismo, a seguir destruyendo mi vida, pero no me duró mucho el gusto, porque regresé al Cereso después de seis meses. Muy altanera y con orgullo me reía con mis compañeras y les decía: “Ya llegó por quien lloraban”. Mi amiga Enriqueta León B. me abrazó y lloró de tristeza, pues cuando llegué era una sola hebrita; salí a la semana. Mi familia ya sabía que mi vida era un rotundo fracaso, era la vergüenza, pero yo no quería cambiar, para mí sólo existía la arrogancia. Dependía de mí misma darles a mis hijas todo lo que necesitaban, pero había algo en mí: me gustaba ayudar a la gente. Les llevaba ropa, jabón, champú, papel y lo que ocupaban. En eso, recibí la oferta de un local en la carretera de San Luis Río Colorado. Lo compré y puse un restaurante. Era la oportunidad de mi vida; tener algo mío era lo que yo quería. Empecé a vender café, comidas, sodas, cigarros y, por supuesto, droga, pues eso no tenía que faltar. Las mujeres atraían a los famosos trailers. El restaurante se llamaba Chapis, el oasis. Así fue como, poco a poco, salía más dinero. Hasta que un día mi hermana cayó en el Cereso de Puerto Peñasco, me habló por teléfono y me pidió ayuda. Claro, yo no me negué, a final de cuentas era mi hermana. Yo ayudaba a mi mamá económicamente,

y mi hermano mayor vivía en mi casa con todo y mujer e hijos. Comencé a ir al Cereso. Ahora necesitaba un taxista, y contraté a uno, especialmente para cuando yo lo ocupara. Iba todos los días, hasta que por fin logré que le pusieran fianza. Me cobraron dos mil ochocientos pesos, más una multa de setecientos cincuenta.

Así fue como conocí al taxista y me iba al hotel con él para drogarme. Mis trabajadores no se daban abasto, sólo me hablaban y yo les daba instrucciones. El taxista me pedía dinero, se lo prestaba y me iba al local. Un día lo llevé a presentar con mi familia; les pareció muy agradable. Poco a poco fui descuidando el local y decidí cerrarlo. Me fui a vivir a Puerto Peñasco y ahí vendía cristal. Renté un departamento y llevé al taxista a vivir conmigo junto con mis hijas. Un día me di cuenta de que él me mentía: tenía esposa y a mí me sacaba dinero para mantenerla. Lo dejé y me regresé a Sonoita, Sonora. Ya no quise saber de hombres.

Seguí con mis hijas y vendiendo droga yo sola. Un día, ya borracha, drogada, vi a mis hijas llorando y las mandé a casa de su tía. Se fueron y me quedé en mi cuarto. Me encerré llorando, me hingué, doblé mis rodillas y clamé a Dios: “¡Si en verdad existes, cambia mi vida!” Dejé caer al suelo la droga que estaba consumiendo, y en eso tocaron a la puerta. Eran dos policías que traían una orden de cateo. Encontraron un maletín con joyas robadas, un fajo de dólares y me aprehendieron. Me dio alegría, pero también tristeza. Me dio alegría, pues sentí que Dios había escuchado mis súplicas; y tristeza por mis hijas, que de nuevo se quedaban solas. Cuando me subieron a la patrulla, ahí estaban mis hijas viéndome y llorando. Por primera vez me dolieron sus palabras, mis ojos se llenaron de lágrimas, echaron a andar la patrulla y me encerraron. Llevaba conmigo siete mil ochocientos pesos y dos celulares; me quitaron todo. En mi brasier cargaba diez globos de cristal. En mi celda, haciendo un análisis de mi vida, me metí la mano al brasier y saqué los globos. Ahí se encontraba otra mujer, se los di y le dije: “Si tú te quieres morir, imúérete! Yo no, yo quiero vivir”.

Sólo pasé tres días ahí porque me llevaron al Cereso de Puerto Peñasco. Ahí comencé a oír de Jesús, del amor de Dios en cada oración. Yo sentía que me hablaba, ya no me sentía amarrada, ahora tenía ganas de vivir y cambiar, no quería seguir viviendo de esa manera. Mi juventud se me había ido en nada, ahora sólo quería conocer esa verdad de la que tanto me hablaban. Me regalaron una Biblia; tenía curiosidad y comencé a leerla. Noté algo en mí, ese deseo de cambiar. Oraban por mí y de pronto empecé a sentir que alguien hablaba en mi vida. Lloré con un gran deseo y comenzó a hablar el espíritu, era que Dios me estaba bautizando en espíritu, sentí cómo me hablaba y sus palabras penetraron en el fondo de mi corazón. Sólo dejé abiertas las puertas para que Jesús de Nazaret entrara en mi vida.

Llegó el día de mi sentencia: siete años ocho meses; ahí mismo doblé mis rodillas y le di gracias a Dios. Las licenciadas ya me conocían y vieron cuando doblé las rodillas. Una de ellas me dijo: “Ángela, no lo puedo creer; tú, pidiendo a Dios”. “Sí, licenciada, ya no quiero ser igual.” Y así pedí mi traslado.

Con el paso del tiempo comencé a trabajar para el Cereso. Hacía la limpieza en las oficinas de Trabajo Social y del director del Área de Visita. Fui ganándome la vida decentemente. Poco a poco me gané la confianza de todos y, cada vez que mi madre me llevaba a mis hijas, le daba dinero y cumplía con mis obligaciones como madre. Gracias a Dios, gracias a su misericordia, Él perdonó mis pecados y, a pesar de estar presa, hoy me siento libre de toda atadura. Mi traslado llegó el día 22 de octubre de 2009 a la ciudad de Hermosillo, Sonora. Ahí comencé a predicar el Evangelio de Dios a mis demás compañeras del Cereso.

Ésta es mi historia y ahora vivo llena de paz, amor y esperanza. He alcanzado la gloria de Dios.